

Vives contra los sofistas

Joaquín Beltrán Serra
Universitat de València

GENERALIDADES

Puede afirmarse, sin miedo a equivocarnos, que la filosofía tuvo sus horas más bajas en la época del Renacimiento, que es precisamente el periodo histórico que le cupo en suerte vivir a Vives. Si bien es cierto que en los siglos XIV y XV hubo una corriente naturalista tendente a profundizar en el conocimiento de la propia naturaleza, que se iba alejando de las directrices religiosas y metafísicas, y que con Leonardo da Vinci y Nicolás Copérnico reconocía la trascendencia de las ciencias matemáticas y la astronomía al tiempo que defendía el sistema heliocéntrico frente al tradicional geocéntrico, no obstante la filosofía de la época seguía estando totalmente condicionada por los poderes religiosos que obstruían la evolución del pensamiento a causa del lastre que suponía la supeditación a la Escolástica, razón por la que quedó totalmente estancada. Si, por otra parte, nos atenemos a la metafísica escolástica del siglo XIII iniciada por Alberto Magno, maestro de Tomás de Aquino, comprenderemos mucho mejor la lógica escolástica, ya que consideraba que el concepto metafísico precedía al lógico, dado que la lógica no hacía sino abstraer las mismas leyes de lo real. En este sentido, compartimos la idea de Mauricio Beuchot cuando afirma que al hábito sapiencial metafísico «le va mejor el nombre de sabiduría (*sapientia*), más que el de ciencia».¹ Pero lo cierto es que durante el siglo XVI hubo en Italia un intento de dar una nueva interpretación a la filosofía aristotélica por las exigencias emanadas de los cono-

¹ Cf. *Metafísica, lógica y lenguaje en la filosofía medieval*, Barcelona, 1994, pp. 7 y 28.

cimientos nuevos de la naturaleza, como es el caso de Bernardino Telesio, Jordano Bruno o Tomás Campanella.

Por otra parte, entendemos que Vives es considerado humanista cristiano antes que filósofo *stricto sensu*, dejando de lado consideraciones y convicciones personales que más bien parecían apuntar a lo segundo. Puede comprobarse que Vives carece de un sistema filosófico propio, aunque su pensamiento esté fundamentado en los principios filosóficos aristotélicos, muy en boga, al igual que el platonismo, en el periodo renacentista. No pudo o no supo construir un sistema que sirviera de guía a sus escritos, razón por la que más bien se muestra crítico que constructivo, y en esa tesitura concentra todos sus esfuerzos en condenar el apriorismo de la filosofía anterior.² Además, se muestra partidario de aplicar el método experimental, preconizado por la corriente naturalista, al campo de la Metafísica, en la que, dejando de lado cuestiones abstractas, tales como la esencia o la existencia, abordaría otros temas más cercanos, como la composición de los seres, al tiempo que aplicaría también ese método al ámbito de la Psicología, razón por la que se le ha considerado el precursor de la psicología experimental moderna.

Si nos atenemos a los deseos que el propio Vives expresa en algunas de sus obras, sus teorías se fundamentan exclusivamente en la razón, motivo por el que deberíamos enmarcarlo en el terreno del racionalismo filosófico. Teniendo en cuenta sus propias palabras en la carta que de inmediato vamos a comentar, en su parte final se autoconsidera filósofo³ al tiempo que aconseja que todo debe sujetarse al examen de la razón.⁴ Según él, si atendemos las normas y preceptos de la propia razón, alcanzaremos irremediablemente la verdad; ahora bien, esa verdad es única y pura, y no es otra que la fe cristiana, que condiciona por completo la acción de la propia razón. Aunque sea sólo de pasada, conviene recordar aquí que Vives, para solucionar el problema entre fe y razón, asume el

² A juicio de Louis J. Swift, debido al carácter estéril de la educación didáctica que recibió en París (extremo al que nos referiremos con más detalle más adelante), el cambio en ese campo se hacía necesario. Cf. «Somnium Vivis' y el 'Sueño de Escipión'», en *Homenaje a Luis Vives*, Fundación Universitaria Española, Seminario Nebrija, Madrid, 1977, p. 112.

³ *In Pseudo-dialecticos: moneo atque hortor, et ut philosophum decet, libere quae sentio, dico.*

⁴ ... *rationis examine cuncta perpendat.*

pensamiento de Santo Tomás de Aquino. Ahora bien, frente a ésta, que es la verdadera, se desarrolla otra, que es como su sombra, y que denominaremos falsa. En consecuencia, Vives no hace otra cosa sino razonar la fe, algo que, por otra parte, se estaba poniendo en tela de juicio por algunos filósofos anglosajones desde hacía más o menos dos siglos. Así, el franciscano escocés Duns Escoto, que enseñó en Oxford y París, considera que la demostración racional sólo es posible con el proceso silogístico, gracias al cual la verdad tan sólo puede deducirse *a priori* de los conceptos dados, y la demostración *a posteriori*, partiendo de los efectos para llegar a la causa, carece de valor. Por otra parte, separa la filosofía de la teología, la fe de la razón, rompiendo así el equilibrio tomista y enfocando el tema de manera totalmente diferente sobre uno de los problemas más importantes de la Escolástica.⁵ Pero debemos recalcar el elevado concepto que Vives tenía de la filosofía, afirmando sobre ella que «es el don más grande y mejor que nos dispensaron los dioses inmortales, que sólo ella puede hacer perfectos a los hombres y conducirles a vivir bien y con ventura, que es la cifra de todos los deseos»,⁶ recogiendo de este modo el pensamiento clásico estoico, como puede comprobarse en algunas epístolas senecanas.

Con estas premisas nos aprestamos a valorar un tratado (o, mejor, una extensa carta, como el propio Vives recuerda varias veces) redactado en la etapa relativamente joven de nuestro autor. Nos estamos refiriendo a un título, *Adversus Pseudo-dialecticos*, que en realidad no es otra cosa que una extensa carta, dirigida a su querido amigo Juan Fort, formulada como alegato contra el profesorado sofista de la Universidad de París, al que, en el período de su paso por dicha Universidad, tuvo que ‘soportar’. En la parte final aconseja a Fort que se abstenga de seguir las doctrinas de los pseudo-dialécticos, advirtiéndole de que no cumplirá con su deber o, lo que es peor, cometerá un gran crimen si se familiariza con sus artes. Pero la culpa de semejantes desafueros nuestro autor no la hace

⁵ Cf. M. Federico Sciacca, *Historia de la filosofía*, trad. del italiano por Adolfo Muñoz Alonso y Juan José Ruiz Cuevas, Barcelona, 1962, pp. 248-249.

⁶ *De initiis, sectis et laudibus philosophiae: ... munus illud esse, quod a diis immortalibus maximum optimumque nobis donatum est, quae sola homines reddere perfectos potest, et ad bene beateque vivendum (quae summa est votorum omnium) perducere.*

recaer en los cándidos discípulos, ni tampoco sobre sus preceptores, sino sobre los mismos rectores y también los directores de los centros docentes que, sin ningún pudor, imponen esa lamentable enseñanza a los incautos jóvenes, desprovistos como están de toda capacidad de juicio y de reflexión. Pero lo más deplorable de todo es que esos rectores fueran a su vez grandes teólogos, y que fueran los propios frailes quienes abrazasen estas corruptelas más que los laicos, razón por la que Vives se lamenta de que esos directores de centros docentes, cuanto más religiosos y más estrictos cumplidores de las leyes querían mostrarse, tanto más se empeñaban en que en sus centros se trasmitiesen esas nuevas enseñanzas a los alumnos. En consecuencia, más que de un tratado filosófico, que presumiblemente y antes de iniciar su lectura podría pensarse que es, se trata de un alegato fundamentado en el desconocimiento que los sofistas tienen de la lengua latina y, asimismo, de haber configurado un lenguaje marco que inventa necedades para uso exclusivo y propio, y que tan sólo ellos comprenden; además, todo esto va unido a la degeneración de la de la propia Dialéctica en actitudes sofisticadas. Pero vayamos por partes. Vives, al inicio del tratado, echa la culpa de ese estado de cosas a los españoles que residen en París y que «determinados hombres, a mordiscos como quien dice, han abrazado una barbarie fea y con ella ciertas disciplinas monstruosas, una especie de sofismas, como ellos dicen, que es la cosa más huera y más estúpida que jamás pueda imaginarse».⁷

La Dialéctica está en la base de la discusión. Su enseñanza se ha pervertido y tergiversado, y, además, ha sobrepasado los límites del uso común. Antes nos referíamos a Duns Escoto. Pues bien, en opinión de Franco Amerio, fue este pensador escocés quien rompió el equilibrio tomista entre Dialéctica y Metafísica. El desarrollo del pensamiento, es decir, la Lógica, ha de adecuarse en cierto modo al complejo mundo de la realidad, pero hay que tener mucho cuidado para no caer en aberraciones y descompensaciones, porque la dialéctica tiene un límite que, si se sobrepasa, se incide irremediablemente en la aberración y en la sofística. Es notorio y bien

⁷ ... *mordicus homines quosdam foedam amplecti barbariem, et cum ea monstra quaedam disciplinarum, velut sophismata, ut ipsi vocant, quibus nihil neque vanius est, neque stultius.* Las citas latinas seguirán el texto de Mayans, *Opera omnia*. Lamentamos no poder precisar más, dado que no existe ninguna otra edición más moderna que haya numerado con más detalle el texto vivesiano.

sabido que, en esta época histórica del siglo XIII, la Dialéctica se nutre fundamentalmente de Metafísica y el equilibrio entre ambas lo alcanza otro monje, el dominico Tomás de Aquino, quien armoniza perfectamente experiencia (o realidad) y razón, conjuntando la fuerza del silogismo y de la argumentación basada siempre en una sólida metafísica.⁸ Tomás de Aquino no silogiza por mero placer especulativo ni tampoco se pierde en cuestiones banales, intrascendentes u ociosas, rechazando de plano todas las cuestiones que pudieran ser sospechosas o indujeran a la sofística. Sin embargo, con Escoto la fascinante dialéctica prevalece sobre la metafísica y el vigor del silogismo alcanza metas insospechadas hasta esos momentos. Si bien es cierto que la pura sofística no aparece todavía claramente marcada, no lo es menos que ya se está preludiando. Las sutilezas de sus argumentaciones silogísticas le valieron a Escoto el sobrenombre de *Doctor Sutil*, y esas posturas son la antesala de la degeneración sofística.⁹

No obstante, cincuenta años antes del nacimiento de Escoto, había nacido en Lisboa un erudito al que llamaron Pedro Hispano y que llegó a Papa con el nombre de Juan XXI, aunque su reinado se prolongó tan sólo dos años. Posiblemente no tuvieron nada que ver el uno con el otro, aunque el segundo compuso un manual de dialéctica con el título de *Summulae logicae*, que con toda probabilidad llegaría a conocer el primero, y sin que resulte descabellado pensar que pudo ejercer una más que probable influencia en el pensador escocés. Haya influido o no en él, lo que sí está claro es

⁸ Sin pretender polemizar sobre la aportación del tomismo a la historia de la filosofía medieval, o de su exclusión en algunos compendios modernos de Historia de la Filosofía, consideramos interesante la reflexión de Etienne Gilson, *El espíritu de la filosofía medieval*, traducción del original francés, Madrid, 1981, pp. 369 y ss. sobre la utilidad o inutilidad de los escritos de Tomás de Aquino o Duns Escoto. Como botón de muestra ofrecemos este texto literal: «... si Santo Tomás o Duns Escoto sólo dicen teorías de Aristóteles mal comprendidas, es perfectamente inútil estudiarlos; por lo menos es inútil desde el punto de vista de la historia de la filosofía, y la existencia de un gran vacío entre Plotino y Descartes se justifica por eso mismo..... Muy distinto será si lo esencial de las conclusiones precedentes es verdadero. Supuesto que San Agustín haya agregado algo a Platón, y Santo Tomás o Duns Escoto a Aristóteles, la historia de la filosofía en la Edad Media posee un objeto propio...»

⁹ Cf. F. Amerio, *Historia de la Filosofía*, trad. del original italiano, Madrid, 1954, pp. 186-187.

que Pedro Hispano se nos presenta como el blanco de las iras de Vives, quien se lamenta amargamente de que los sofistas de su época, que ejercen su magisterio en la Universidad de París, no argumenten en base a la autoridad de Cicerón, Quintiliano o Boecio, autores que en cuestiones de lengua latina merecen el máximo crédito, sino que lo hagan siguiendo a otros personajes de la talla de Pedro Hispano, que no conoce bien el latín, aunque para ellos «forjó suposiciones, restricciones, apelaciones, exponibilidades; de todo lo cual, como del caballo troyano, salieron el incendio y la perdición de la lengua y de todas las buenas letras».¹⁰

Niega Vives que el rigor de la lengua latina pueda ser enseñado por cualquiera de esa ralea de sofistas que siguen a pies juntillas los dictámenes y la manera de silogizar impuesta por Pedro Hispano o por quien fuera, porque incluso de eso mismo duda nuestro autor, de que la sofística reinante en su tiempo fuese inventada por el propio Pedro Hispano, cuando afirma: «Yo querría oír de boca de ese Pedro Hispano, aun cuando fue paisano mío, o de aquel que nos regaló esa dialéctica tan elegante, (pues los hay que piensan que ella nació primeramente en Gran Bretaña o en Irlanda y fue amamantada y criada en París);..... ».¹¹ Aunque a lo largo de toda la carta son abundantes los pasajes en los que Vives reprocha a Pedro Hispano no solo la invención de esta ‘descabellada’ y absurda manera de argumentar, sino también el supino conocimiento que tenía de la propia lengua que estaba utilizando; sin embargo, concretamente en este pasaje que ahora nos ocupa, parece no tener muy claro quién o quiénes fueron los inventores y promotores de esta nueva forma de lógica (o al menos distinta y alejada de la aristotélico-tomista).

Pero, si nos atenemos a lo expuesto hace un momento, no sería descabellado suponer que el propio Vives estuviera pensando en Duns Escoto. Por otra parte es conocida la pujanza de los monasterios irlandeses durante la época medieval, gracias a los cuales se mantuvo viva la llama del latín, y tampoco resulta impensable que tal vez algunos de los monjes, enfrascados en el estudio de intrin-

¹⁰ ... *qui confinxit eis suppositiones, ampliaciones, restricciones, appellaciones, exponibilia, ex quibus rebus, tamquam ex equo Troyano, totius sermonis et omnium bonarum artium incendium atque ruina exorta sunt.*

¹¹ *Verum ego a Petro isto Hispano, quamlibet nostrati, seu ab eo qui nobis hanc tam elegantem dialecticam peperit (nam sunt qui putent haec primum in Britania aut Hybernia orta, deinde Parisiis alita atque aucta)...*

cadass cuestiones filosóficas y teológicas, cuestionaran las tradicionales maneras de silogizar tras muchos años de reconocimiento a la autoridad de Aristóteles. Pero debe tenerse en cuenta que Escoto fue posterior a Pedro Hispano, aunque este extremo en absoluto descartaría la posibilidad apuntada por Vives sobre un hipotético origen anglosajón de esta dialéctica. Por otra parte también nos llama la atención el hecho de que Vives, al menos en dos o tres ocasiones, considere paisano suyo a Pedro Hispano, siendo así que todo el mundo conocía su origen lisboeta.¹²

En su afán de desautorizar a Pedro Hispano por su manera de silogizar en latín y de desacreditarlo lo máximo posible, Vives llega al extremo de compararlo con un hombre nacido y formado en el último rincón de la Escitia, una de las regiones más agrestes que se podía uno imaginar en la época de los romanos, al que se le concediera la posibilidad de dar reglas gramaticales para las lenguas francesa y española que jamás había conocido. Siguiendo una manera de argumentar muy común en Vives, reprocha a Pedro Hispano su actuación mediante una pregunta retórica: «¿Quién autorizó a Pedro Hispano a introducir nuevas reglas en una lengua, que ni de vista conocía, de la que incluso si pronunciaba alguna palabra tampoco sabía la fuerza de sus vocablos más que ese escita, del que hace un momento hablaba, conocía el vigor de la lengua española, de la que jamás leyó ni palabra ni escrito, ni la oyó pronunciar a nadie?». ¹³ Sobre este particular pueden hacerse a Vives dos observaciones. Primera: Nos inclinamos a pensar que el filósofo valenciano, sirviéndose de esta comparación, sólo intenta proponer una inmensa hipérbole con el fin de potenciar su fuerza argumentativa; segunda: nos cuesta mucho creer que Pedro Hispano desconociera por completo, como pretende darnos a entender Luis Vives, la lengua latina como tal, o, al menos, como instrumento de enseñanza en esa época histórica. Si bien es cierto que en la Edad Media la inmensa mayoría de la gente desconocía la lengua latina como medio para comunicarse, no lo es menos que un nutrido número de personas, sobre todo austeros religiosos refugiados en

¹² *conterraneo nostro Petro Hispano; ... quamlibet nostrati.*

¹³ *¿Quis quaeso auctoritatem hanc dedit Petro Hispano, ut novas ferret leges in lingua, quam ne de facie quidem norat, cuius etiam si nonnulla vocabula pronuntiabat, vim tamen cuiusquam verbi non magis scivit quam ille, de quo modo loquebar, Scythia vim sermonis Hispani, cuius nec vebum, nec scriptum legit, vel prolatum a quoquam audivit?*

los cenobios, manejaban el latín como lengua de cultura y eclesiástica. Por otra parte, de ser ciertas las acusaciones y suposiciones vivesianas sobre el conocimiento que del latín tenía Pedro Hispano, éste jamás hubiese sido capaz de componer las *Summulae logicales* y los 12 *Comentarios* a diferentes obras médicas traducidas al latín, ni haber llegado a arzobispo de Braga, ni a Papa.

Pero aún hay más, porque Vives ahonda en la supuesta incapacidad de los falsos dialécticos, lanzando una dura acusación, concretamente a Pedro Hispano, por no saber hablar según las reglas y las normas que él mismo había introducido. Después añade que ninguno de esos dialécticos es capaz de hablar con tanta circunspección, hasta el punto de que no se equivoque constantemente cuando usa las reglas que ellos mismos han inventado, algo que no debe sorprendernos dado que todo ese cúmulo de reglas van contra el uso común de hablar. En este sentido Vives se muestra extremadamente conservador, negando a los dialécticos toda capacidad de innovación o de introducir neologismos, dado que ni el propio Aristóteles osó transgredir en las reglas de su dialéctica el convencionalismo de la lengua griega. Esa es la razón por la que el pensador valenciano mantiene fundadas esperanzas de que sean precisamente los ancianos quienes, con benevolencia y satisfacción, acojan el contenido de la carta que él está escribiendo a Juan Fort, en cambio desconfía del favor que le puedan otorgar los más jóvenes. Creemos que en realidad no se trataba más que de una lucha generacional, aunque nos sorprende la actitud y el posicionamiento de Luis Vives, que, siendo como era todavía joven, se situara en posiciones totalmente inmovilistas e impropias de su edad, tan lastrado por sus creencias religiosas.

Además, en defensa de Pedro Hispano debemos recordar que fue precisamente él uno de los pocos filósofos lógicos medievales que se salvó del olvido, y su obra, a pesar de todo, logró permanecer en los *pensa* universitarios durante siglos,¹⁴ por eso nada nos sorprende si Vives no culpa a Pedro Hispano de todos sus dislates lingüísticos, sino que lo achaca todo a la época histórica que le tocó en suerte vivir. Lo que realmente le reprocha es su «inmodestia y su insolencia y la de muchos otros al querer que sus opiniones y

¹⁴ Cf. J. M. Campos Benítez, «Una teoría medieval del lenguaje», *La filosofía medieval*, edición de Francisco Bertelloni y Giannina Burlando, C. S. I. C., Madrid, 2002, p. 290.

sus sueños, más que pueriles, se tuvieran como ley en una lengua por ellos ignoradísima»¹⁵, finalizando con el conocido aforismo «zapatero a tus zapatos».¹⁶

Como pone de relieve J. M. Campos, en los siglos XIII y XIV existe ya una teoría elaborada sobre los usos y funciones del lenguaje, y, en este sentido, tanto la Universidad de Oxford como la de París reunieron a los mejores pensadores y teóricos del lenguaje, si bien es cierto que ellos no tanto se preocuparon del lenguaje como de la propia realidad, hasta el punto que distinguían no sólo modos de ser sino también de saber, tratando de adecuarlos entre sí.¹⁷ En esa tarea sobresalió, entre otros eruditos, Pedro Hispano, y de la trascendencia que tuvo ese filósofo, médico y Papa del siglo XIII, nos da una prueba evidente el hecho de que su obra fue ya comentada en el siglo XVI, como es el caso concreto de Tomás de Mercado, con sus *Comentarios lucidísimos al texto de Pedro Hispano*.¹⁸

Vives resalta continuamente la vinculación y la dependencia de la dialéctica con el lenguaje. Los sofistas, o dialécticos degenerados, han ideado un lenguaje propio, al margen del acervo común de una lengua, que en el caso que nos ocupa es la latina. Según él, la dialéctica debe estar al servicio del lenguaje y no al revés; el dialéctico debe usar las palabras y enunciados entendidos y usados por todo el mundo, porque la Dialéctica es la ciencia del lenguaje, según nos recuerda el mismo vocablo del que procede, aunque sorprendentemente en otro pasaje afirma que la palabra 'dialéctica' procede de 'dialeto'. Lo mismo que la retórica, explica el propio Vives, atiende al ornato y al brillo de la lengua y la gramática a la manera de expresarse, la dialéctica, por su parte, se ocupa de buscar lo verdadero, lo falso y lo probable, porque antes que la dialéctica se organizara en un cuerpo doctrinal, ya existía lo enseñable, que es lo que condiciona a aquella y no al revés. En consecuencia, Vives es muy claro: los preceptos que regulan la dialéctica, lo mismo que la retórica y la gramática deben adaptarse al uso común. Por tanto, concluye, si los sofistas desean enseñar una dialéctica

¹⁵ ... *modestiam tamen ipsius, ut aliorum permultorum, requiro, qui sua placita, sua plusquam pueriliter somniata, volebant ilico pro lege esse in lingua ipsis ignotissima.*

¹⁶ *Ne sutor ultra crepidam.*

¹⁷ Cf. «Una teoría medieval...», p. 307.

¹⁸ Cf. J. M. Campos Benítez, «Una teoría medieval...», p. 312.

plagada de aberraciones y de dislates que se encuentre al margen del uso común, deberían igualmente imponer la misma ley a la gramática y a la retórica.

No hay que olvidar, por otra parte, que, más de diez años después, el propio Vives, en el tratado *de disciplinis*, dedica el libro tercero completo a 'La corrupción de la Dialéctica', con la salvedad de que llena los cuatro primeros capítulos puntualizando los errores de los filósofos antiguos sobre esta disciplina, y tan sólo dos a los dialécticos modernos, comenzando el capítulo quinto con un tono tan irónico y sarcástico que confirma la idea que vamos a desarrollar con ejemplos patentes en la segunda parte del presente trabajo. Dice así: «Llego ya a mis amigos los modernos 'sofistas', como ellos mismos se llaman, en quienes desaguaron, como en la letrina de un barco, todos los vicios de este arte, los de Aristóteles, los de los primitivos y otros mucho más numerosos y repugnantes que ellos añadieron de su propia cosecha».¹⁹ En el último capítulo Vives se ocupa de refutar las enseñanzas de los modernos sobre la forma de los silogismos, del sentido compuesto y dividido no correctamente entendido y de los conjuntos y disjuntos; finalmente detalla cómo se introdujo en la lógica una doctrina ajena y vana de los pequeños lógicos debido al desconocimiento de la lengua latina, contraponiendo, al igual que hace en la carta objeto de nuestro estudio pero con menor virulencia e insistencia, el correcto latín de Cicerón, Plinio, Séneca y Varrón con el incorrecto de Pedro Hispano o Guillermo Hentisbaro. Antes o después se dice poco más del propio Pedro Hispano.

Para finalizar este apartado queremos formular cuatro observaciones:

a) Aunque en ninguna parte de esta extensa carta cita las *Summulae logicales*, estamos convencidos de que Vives las conocía perfectamente y tal vez las hubo estudiado en clase de lógica en su paso por la Universidad de París.

b) Nos sorprende el silencio de Vives sobre Escoto como dialéctico, si bien se refiere a él como filósofo en esta carta. También es cierto que en su tratado *de tradendis disciplinis*

¹⁹ I, 3, 5, 1: *Sed venio jam ad amicos meos, recentes, ut ipsi vocant, Sophistas, in quos tamquam in navis sentinam omnia hujus artis vitia confluerunt, et Aristotelis, et priorum, et longe plura, et foetidiora, quae ipsi de suo adjecerunt.* Tomamos la traducción y la numeración de L. Pomer, Edic. del Ayuntamiento de Valencia, *Las disciplinas*, 1997.

se refiere a él en numerosos pasajes, aunque en el libro referido a la Dialéctica le da la un relieve mínimo.

c) De la escasa trascendencia que tuvo Pedro Hispano en las historias generales de la filosofía nos dan razón todas las que hemos consultado, puesto que ni siquiera se le llega a nombrar, lo que no ocurre, por ejemplo, con Duns Escoto; sin embargo, en la historia específica sobre filosofía medieval que hemos citado en algunas notas a pie de página, aparece repetidamente, sobre todo, o, mejor dicho, exclusivamente, en aquellos aspectos que están relacionados con determinadas teorías lingüísticas.

d) Curiosamente, en el tratado que acabamos de nombrar, el *de tradendis disciplinis*, tan sólo se refiere a Pedro Hispano en dos ocasiones y no precisamente para fustigarle, sino todo lo contrario: en la primera de ellas pondera muy favorablemente la definición que éste da de la Dialéctica, resaltando sobre todo su función, y en la segunda su presencia resulta irrelevante e intrascendente,²⁰ si bien es cierto que matiza negativamente su presencia.

ARGUMENTOS: DESCALIFICACIÓN E IRONÍA

Vives ha aireado a menudo ideas, como la limitación de la mente, para abordar, por ejemplo, el tema del alma humana, que se sitúa en una realidad oculta y difícil de solucionar, o la de que es incapaz de penetrar por igual la esencia o los accidentes de las cosas.²¹ Por eso, en algunos pasajes de sus obras manifiesta claramente que renuncia a la formulación de argumentos difíciles, abstrusos y cargados de sutilezas, y por otra parte se compromete a que sean fáciles, accesibles e inteligibles para cualquier persona que no sea culta. Del mismo modo se compromete a no decir nada con amaño y astucia ni hacer uso de argumentaciones engañosas y capciosas.²² En este mismo sentido se expresa nuestro autor en la obra que nos ocupa. Rechaza de plano la oscuridad y el enmarañamiento silogístico que practicaban los sofistas universitarios, pregonando a los cuatro vientos que los preceptos de la Dialéctica

²⁰ Cf. I, 3, 1, 5-6. Citamos según la traducción de la colección editada por el Ayuntamiento de Valencia, *Las disciplinas*, 1997.

²¹ Cf. *de anima et vita*, Introducción.

²² Cf. *de veritate fidei christianae* 1, 4, 5.

deben adaptarse al uso común, y lo que propone el dialéctico en cualquier lengua de las que se hablan debe llegar a oídos de sus usuarios sin que suponga ningún esfuerzo para ellos. Partiendo de todos estos presupuestos, Vives, como hemos tenido ocasión de comprobar en otros tratados, habitualmente no presenta argumentos razonados o 'positivos', como nosotros los denominamos en otros trabajos, para defender su posicionamiento en contra de los falsos dialécticos. El más recurrente en este apartado, como suele hacer también en todos sus tratados, es el de la *auctoritas*, que recae fundamentalmente en Aristóteles o, para el manejo y conocimiento de la lengua latina, en Cicerón y Quintiliano. Otro argumento más formal, sería el uso de las interrogaciones retóricas, recurso recurrente en Vives, si bien hemos notado que en las obras de juventud aparece menos que en las de su madurez. Pero atengámonos a la descalificación e ironía, que nosotros recogemos con el denominador común de 'argumentaciones negativas'.²³

Nos sorprende, en primer lugar, el elevado volumen de elementos negativos acumulados en un tratado relativamente corto,²⁴ que afectan, si queremos apoyarnos en el soporte de las subdivisiones, a campos tan diversos como los propios sofistas, la dialéctica, los silogismos, la lengua y su enseñanza, la opinión, personajes concretos, para finalizar con un ramillete de comparaciones. En este

²³ Con anterioridad al que ahora mismo nos está ocupando, hemos dedicado tres trabajos a la manera de argumentar de Luis Vives en su tratado póstumo *de veritate fidei christianae*. Uno de ellos ya está publicado: «La base argumental vivesiana contra judíos y musulmanes (*De veritate fidei christianae* III-IV)», *Humanismo y pervivencia del mundo clásico*, Homenaje al profesor Antonio Fontán, eds. José María Maestre Maestre, Joaquín Pascual Barea, Luis Charlo Brea, Alcañiz-Madrid, 2002, III, pp. 2317-2323. Los dos restantes se encuentran ahora mismo en prensa y únicamente podemos ofrecer sus respectivos títulos: «Vives: defensa de unas ideas», y el último: «La ironía en Vives», que formarán parte de sendos libros.

²⁴ A pesar de que Vives en diferentes pasajes de esta obra nos habla expresamente de carta, nosotros nos inclinamos por el de pequeño tratado, pues, aunque va dirigido claramente a Juan Fort, Vives escribe pensando en un público más general (incluidos los propios sofistas), como expresamente nos dice. La extensa carta, por otra parte, sobrepasa los límites de las relaciones personales y tiene un cariz doctrinal evidente, quien, en cierto modo, nos recuerda el epistolario de Séneca, que, además de Lucilio, buscaba un público mucho más amplio y no solo a su amigo y discípulo.

sentido, lo que Vives echa más en cara a los pseudo-dialécticos es su ignorancia, tanto de manera afirmativa como negativa, como, por ejemplo, cuando afirma que carecen de ingenio y erudición, o que no saben lo que es el rigor, en especial, de la lengua, o que no conocen la propia lengua latina, o que desconocen la vida y el sentido común, o que son unos ineptos para los negocios, para la administración, tanto pública como privada y para atender el gobierno de los pueblos; pero tampoco cultivan los grandes saberes, como la Filosofía Moral, la Historia, la Oratoria, la Economía y la Política, que son los pilares sobre los que se asienta toda sociedad civil. En varias ocasiones califica a los sofistas o falsos dialécticos de necios, estúpidos, majaderos, mentecatos, desatinados, caras duras, insolentes, procaces, perversos, desatinados, bárbaros, o también busca poner de relieve sus impertinencias, su demencia, sus invenciones, alegando incluso que su juicio es de muy poco peso. En fin, el rosario de improperios, a nuestro entender, sobrepasa los límites razonables e incluso dejan cortos los vertidos contra judíos y musulmanes en la obra póstuma antes aludida, algo que no sorprende dada la forma dialogada que en dos de sus libros tiene esta última y, por otra parte, teniendo en cuenta la fogosidad de un pensador que se encontraba todavía en una etapa relativamente joven de su vida.

Contra la Dialéctica de los sofistas también lanza sus diatribas, afirmando, por ejemplo, mediante el recurso habitual de la figura etimológica, que no es más que «una inerudita erudición»,²⁵ que sus lucubraciones no son otra cosa que fatuas inepticias, que es vanísima e inútil, que de arte no tiene absolutamente nada, que carece de seso y está por completo privada de razón, que en absoluto es Dialéctica y que esa clase de arte, como enseñan los sofistas, son el colmo de la vanidad y de la majadería. En lo que atañe a las propuestas de sus silogismos y adivinanzas, afirma Vives que no son otra cosa que majaderías, que provocan la risa a cualquiera que las oiga, recibiendo el calificativo de demencias, apostillando a la postre que, quien ignora esto, es tonto de remate.

Sobre el conocimiento que los sofistas tienen de la lengua latina, Vives se muestra igualmente duro e intransigente. Partiendo de la premisa suya de que carecen de cualquier tipo de arte, repite a menudo que ignoran el latín y que, lo que ellos denominan latín,

²⁵ ... *et istius ineruditae eruditionis.*

no es más que una jerga y un hervidero de barbarismos y solecismos que lo hacen irreconocible para el público en general. Lo que ellos proponen, ni es gramática ni es nada y no se trata más que de falsedades, tonterías, frivolidades y locuras, porque, además de no conocer bien el latín al no haberlo aprendido correctamente, desconocen también el español y el francés, lo que les relega al nivel más bajo de conocimientos lingüísticos, hasta el punto de que convierten en pura futilidad todas sus enseñanzas.

Vives tiene como falsas las opiniones de estos pseudo-filósofos y, a juicio suyo, no son más que trampas sin solidez ni firmeza que el tiempo se encargará de diluir y desvanecer. El pensador valenciano las considera como sombras, oscuridades y una locura, algo completamente vano y estéril, puras bagatelas y corruptelas, hasta el extremo de que esas modas que embelesan y embaucan a los incautos jóvenes provocan la risa de todo el mundo.

Sin embargo, lo peor del caso es que frailes, teólogos y doctores se hayan familiarizado con este cúmulo de corruptelas, al tiempo que los preceptores engañen a los niños con semejantes bagatelas, hasta el extremo de que algunos de ellos, arrastrados por una costumbre viciosa, con petulancia juvenil enseñan lo que no debe enseñarse, porque puede repercutir en un grave quebranto para la salud humana en el caso de que se aplique al campo de la medicina. Un ejemplo singular, que está en el punto de mira de todas las iras de Luis Vives es el filósofo medieval Pedro Hispano, al que ya nos hemos referido con bastante profusión en las Generalidades. Con los matices que allí hemos detallado, recordaremos ahora que Vives se refiere a él, o a otro sofista peor que él, con el calificativo de idiota, y al menos en dos ocasiones afirma que su compatriota desconoce la lengua latina. Pero no sólo le niega el conocimiento de la lengua que Pedro Hispano usaba habitualmente sino que también le acusa, como suele hacer en estos casos, de inmodestia e insolencia.

Más interesante, a nuestro entender, se presenta el sistema de comparaciones al que recurre el filósofo valenciano con frecuencia. Uno de los temas más habituales en toda la literatura clásica es el que se relaciona con el mundo animal, dado que ofrece un amplio repertorio de acciones y situaciones semejantes a las humanas.²⁶

²⁶ Ejemplos del mundo animal se encuentran diseminados en todos los tratados vivesianos con los que hemos trabajado. De este modo aparecen

En este sentido y entrando ya en ejemplos concretos, al referirse a los profesores de la pseudo-dialéctica en las dos etapas de su vida, tanto en la de magisterio activo como en la posterior después de haber abandonado la enseñanza por haber envejecido, Vives recurre a una comparación múltiple, afirmando que en la primera etapa «tenían la garrulidad propia de las cornejas y mujerzuelas»,²⁷ precisamente ellos que antes tenían más voz que «el Estentor homérico, sin embargo en la segunda aventajan por su silencio a los peces»,²⁸ para finalizar todo el pasaje con otra comparación: «y nuestras conocidas ranas se transforman en jilgueros». ²⁹ En otro pasaje, en el que se está hablando de los jóvenes ignorantes seguidores de las nuevas corrientes dialécticas, Vives dice de ellos que son «más locuaces que las ranas y batalladores más que los gallos». ³⁰

El mundo vegetal también ofrece un extenso campo e incontables recursos para poder extraer comparaciones. Refiriéndose Vives al lenguaje empleado por los sofistas, dice de ellos que no les entienden ni los más expertos conocedores del latín, y en ocasiones ni siquiera les entienden quienes son de la misma harina o, mejor, del mismo salvado. Con la rectificación que el filósofo valenciano efectúa al final de la comparación, tan sólo pretende recalcar la parte negativa del trigo representada por el salvado. También se compadece, en otro pasaje, de aquellas mentes perversas e infecundas que dedican parte de su vida o toda ella a menesteres semejantes, «nacidas más para la paja y las algarrobas que para el grano». ³¹ Con semejante comparación Vives se adentra en el mun-

no solo en obras específicamente filosóficas, como sería el caso de *El alma y la vida*, *La Metafísica*, *El instrumento de la probabilidad*, sino también en otras de contenido más amplio y diverso, de marcada tendencia apologética, como, por ejemplo, *La verdad de la fe cristiana*, o de contenido pedagógico, como *La formación de la mujer cristiana* o *Los deberes del marido*. Con ello Vives no hace más que seguir las huellas dejadas por los autores grecolatinos.

²⁷ ...ut qui prius a nullis picis, a nullis mulierculis garrulitate vincebantur...

²⁸ ... ipso etiam Stentore Graecorum apud Trojam praecone, tunc silentio pisces quoque vincant.

²⁹ ... et ex nostratibus ranis fiant acanthiae.

³⁰ ... quam non dubito juvenes imperitos, et quibusvis citeris loquaciores pugnaciores quibusvis gallinaceis, vituperaturos.

³¹ ... misera atque sterilia ingenia, et mea sententia, ad paleam siliquas, aristas, non ad frugem nata.

do de la burla más cruel, es decir, el sarcasmo. En otra ocasión nos dice que demuestran tanta estupidez como si hubieran sido educados en la selva, cuando en realidad quiere darnos a entender que no han recibido ninguna educación.

También despotrica sin miramientos contra la misma Universidad de París cuando la compara con una vieja que, después de haber cumplido los ochenta años, está en pleno delirio de senilidad, por lo que se halla en trance de muerte inminente. Universidad, por otra parte, que la vemos inmersa en medio de una desafortunada locura. Vives se muestra inmisericorde con una entidad que 'flirtea' con las nuevas tendencias lingüísticas y filosóficas, cuyos dirigentes las apoyan y promueven, razón por la que la compara, no con la lozanía del joven sino con la decrepitud de una vieja que se encuentra ya muy próxima a la muerte.

Pero si incidimos en otro ámbito, comprobamos que el contenido de los silogismos formulados por los sofistas, sus oposiciones, conjunciones, disyunciones o explicaciones de las enunciaciones no son más que rompecabezas que, para divertirse, proponen las mujerzuelas y los mozalbetes ociosos, y todo lo que escriben se publica de inmediato «como un producto abortivo».³² Del mismo modo que ocurre con alguno de ellos, por ejemplo Pedro Hispano, de quien dice que sus respuestas son ridículas, como si las diera un hombre en un acceso de delirio. También se refiere a ellos alegando que son déspotas furiosos y violentos, sin embargo, cuando envejecen, guardan un silencio glacial propio de la estupidez. Por otra parte, de los directores de centros docentes destaca que, cuanto más cumplidores y religiosos quieren ser, tanto más empeño ponen en que sus escuelas retumben con esos berridos de furia y de locura.

El argumento de la descalificación, y muy especialmente el recurso de las comparaciones para ridiculizar al enemigo, está estrechamente relacionado con la ironía. En líneas generales, la ironía, como recurso literario, forma parte de un conjunto de elementos que están encaminados todos ellos a la destrucción y al desprestigio de la parte contraria, razón por la que la ironía se conjuga y alterna con las ofensas y las burlas, es decir, la descalificación, que, según apuntábamos más arriba, forman el conjunto de ele-

³² ... *tamquam abortus foetus*.

mentos negativos.³³ Veamos, pues, los ejemplos encontrados, que, aunque no son tantos como los recogidos en el alegato vivesiano contra Mahoma y su secta, finalizan el camino que nuestro autor iba abriendo con el presente trabajo.

Se puede comprobar que Vives emplea este recurso casi exclusivamente contra los sofistas o falsos dialécticos, si bien no hay que olvidar el caso concreto de Pedro Hispano y algún que otro más esporádico, como cuando, en los primeros compases de la carta, se refiere a la 'admirable' dialéctica de aquellos, cuyo lenguaje, si el mismísimo Cicerón resucitara, no lo encontraría. A destacar, creemos, el empleo del adjetivo 'admirable', cuando realmente se esperaría todo lo contrario u otro con connotaciones negativas, como, por ejemplo, despreciable. Casi al final, en cambio, dirigiéndose a todos los que se nieguen a entender el mensaje de su misiva, les exhorta a que se queden abrazados a sus queridos asnos con su 'donosa' dialéctica, resaltando nuevamente la presencia del determinante ambiguo.

Realmente Vives se ensaña con los sofistas, como podrá comprobarse en los siguientes ejemplos. Nos dice, por ejemplo, que usan tantas dosificaciones o mezclas como ningún farmacéutico jamás lo hizo,³⁴ hasta el extremo de que se han visto obligados a recurrir a la décima letra del segundo alfabeto; pero eso, a juicio de Vives, lo hicieron por pura envidia de los matemáticos, porque no pareciera que sólo ellos usaban letras; ese es, por tanto, el motivo de haber usado todo el alfabeto, de modo que no hay nadie que, al verlo, se atreva a negar que son los hombres más literatos. Vives rehace todo el pasaje iniciándolo con la irónica comparación con los farmacéuticos y cerrándolo con los «falsos» literatos.

Las cavilaciones y sutilezas de los sofistas llevan a nuestro insigne pensador valenciano a imaginar que, para dar con una de ellas, están dispuestos a malbaratar el significado de las palabras, del mismo modo que, para dar caza a un inofensivo ratoncillo, destruyen toda una pared, algo que nos recuerda, *mutatis mutandis*, aquel conocido verso horaciano: *parturiunt montes nascetur ridicu-*

³³ No queremos ahora extendernos más en formulaciones teóricas sobre la ironía, ya que lo hicimos en otro trabajo, presentado en forma de Comunicación en el último Congreso de la SELAT en la localidad murciana de Lorca y que titulábamos «La ironía en Vives».

³⁴ *Adde etiam commistiones majores, quam ullus umquam pharmacopola facit.*

lus mus. Se trata, efectivamente, de una comparación con matices irónicos para ridiculizar la exagerada disposición de los sofistas a elucubrar.

Por otra parte, Vives se lamenta de que los sofistas inviten a sus contrincantes a que hablen con rigor,³⁵ como echándoles en cara que todo lo que han dicho, antes de hablar ellos, carece del rigor necesario. Pero, ¿cómo pueden hablarnos de rigor, se pregunta retóricamente Vives, unos personajes que desconocen por completo la auténtica fuerza expresiva de la lengua latina? Al momento les responde con una comparación hiperbólica, aprovechando nuestro autor la polisemia del término *rigor*: «Hablen en frío o hablen en un hielo tal que bastaría para congelar las grandes termas neronianas».³⁶ Algo más adelante, prolongando el matiz irónico de todo el pasaje, manifiesta que está dispuesto a que esos dialécticos, con su férreo y gelidísimo rigor y su deseo de dictar a los autores latinos las normas del bien hablar, le descifren una sola página de Cicerón, de Quintiliano, de Plinio o de cualquier otro escritor latino. Por otra parte, sirviéndose de una metáfora, nuestro autor recalca que esos falsos dialécticos ‘ennegrecen’ los papeles con todo lo que a cada cual se le ha ocurrido en la mesa el día anterior. A Vives le parece una broma de muy mal gusto que hablen de rigor determinadas personas que carecen de él, razón por la que contrarresta con una hipérbola de dimensiones colosales sustentada en una comparación.

Dos notas hay que añadir sobre la enseñanza de los pseudo-dialécticos, sobre la que el filósofo valenciano se permite ironizar cuando afirman que enseñan cosas como nadie antes lo había hecho, y, además, ellos quieren que se enseñen todas sus bagatelas porque despiertan la imaginación de los niños. Una doble interpretación se puede hacer sobre ambas afirmaciones, aunque nosotros nos inclinamos por la irónica, porque con ellas se ridiculiza más, si cabe, a los sofistas.

Para recalcar la pérdida de tiempo que significa la dedicación a todas las falacias de los sofistas, Vives apostrofa a Teofrasto con el calificativo de idiota, un filósofo que había sido encumbrado por los griegos, que se lamentaba de la brevedad de la vida humana

³⁵ *Loquamur in rigore*, les dice.

³⁶ ... *loquantur potius in frigore, et in ipsa etiam glacie, quae una satis esset ad maximas illas termas Neronianas frigefaciendas.*

porque nos falta el tiempo necesario para aprender las verdaderas disciplinas que nos conducen a la inigualable sabiduría, de manera que la muerte nos llega cuando comenzamos a saber algo. Pues bien, frente a este ilustre filósofo griego, Vives nos presenta a los sofistas, a quienes les sobra el tiempo por todas partes. La comparación entre uno y otros pone de relieve sendas actitudes, una encomiable y otra claramente rechazable por su inanidad.

Otras veces Vives ironiza añadiendo adjetivos cuyo significado debería ser justamente el contrario del que aparece en el texto real. De este modo, cuando nos habla de filósofos 'gravísimos', quiere dar a entender filósofos 'intrascendentes'; cuando se refiere a los 'ilustres doctores', probablemente se está refiriendo a 'desconocidos'; y cuando nos habla de 'portentos extemporáneos', quiere decir 'oscuros' o 'gangrena y peste', como afirma a renglón seguido.

A Pedro Hispano también se refiere de manera muy irónica nuestro filósofo al menos en tres ocasiones. En la primera de ellas, denomina 'dialéctica elegante' aquella que supuestamente fue inventada por el tal Pedro Hispano o por quien fuera. En cambio, en las dos restantes el tema central lo ocupa la lengua latina y todos los que la utilizaron. Ahora bien, si en una de ellas pondera el conocimiento que de la fuerza de dicha lengua tenía Pedro Hispano y al referirse a otros latinistas califica de 'pobre' a Cicerón, de 'miserero' a Quintiliano, de 'ruin' a Boecio y de 'mezquino' a Capella, en la otra el filósofo valenciano plantea una hipótesis que se materializa de la siguiente manera: si las leyes y normas lingüísticas que Pedro Hispano dicta son verdaderas, se verá que son falsas otras muchas de Cicerón, Varrón, Quintiliano, Plinio, Boecio y otros autores que usan correctamente el latín, del mismo modo que otras griegas de Aristóteles, Platón, Teofrasto, Carnéades, Crisipo y otros muchos, y concluye así: «¿Cómo se atreve a fijar el sentido de ciertos enunciados contra el genio del idioma latino, alguien que ni siquiera lo cató, según dicen, ni de lejos, u olió con todas sus fuerzas?».³⁷ La formulación irónica de todo el pasaje no sólo viene corroborada por la presencia de determinados adjetivos de la lengua latina, sino por la paradoja que representa el hecho de que alguien que, según Vives, no conoce las normas de funcionamiento del latín, pretenda

³⁷ *¿Cur cum ipse... tam impudenter illa confinxerit, et praescripserit sensus enuntiationum contra rationem omnem sermonis latini, quem nec primis, ut dicunt, labris gustarat, nec summis olfecerat naribus?*

anteponerse a todos aquellos que se han tomado siempre como ejemplos a seguir, paradójica que, a nuestro entender, se convierte sin duda alguna en sarcasmo.

Hemos dejado para el final un relato singular que nos ha llamado poderosamente la atención. Cuenta nuestro filósofo el caso de uno de esos afamados doctores sofistas que se sorprendió al comprobar que, tras leer una obra de san Agustín, considerado como un famoso y gran dialéctico, no encontró nada, ni de los casos, ni de los reduplicativos, ni de los exclusivos, ni nada de lo que se enseña en las pequeñas *logicales*. También se maravillaba de que, al tratar el sacramento del bautismo, para nada se refiriera a «los enunciados verdaderamente teológicos y necesarios para la fe cristiana»,³⁸ o sea, minuciosidades propias de los pseudo-dialécticos, sin las cuales, —pensaba el afamado doctor—, la religión cristiana no podía ni construirse ni destruirse. Además, todo ello no lo podía tratar nadie que no fuera doctor, porque no bastaba para ello ser una persona docta, sino que también debía ser doctor. Pero, finalmente, el desconcertado doctor encontró el motivo por el que san Agustín no enseñó eso. La razón se debió a que el obispo de Hipona había escrito en lengua latina, y todo eso no puede escribirse y «expresarse más que en una bárbara y bronca algarabía».³⁹ Solamente con esa jerigonza, cuajada de barbarismos y solecismos, pueden referirse magistralmente las cuestiones teológicas.

Con la descripción de este caso tan singular se pone de manifiesto que nuestro filósofo valenciano es un consumado maestro de la ironía. De repente se da uno cuenta que, el climax ascendente que utiliza, culmina con la repetición final de la idea fundamental, que a él más le interesa, a modo de *Rinkcomposition*, centrada en que la teología cristiana no puede dejarse en manos de unos indocumentados sofistas a los que en todo momento se esfuerza en ridiculizar.

³⁸ ... non disputarit de illis vere theologicis enuntiationibus, et in promiss necessariis fidei nostrae...

³⁹ ... haec vero, nisi pingui atque adeo barbaro modo tradi non possunt.

BELTRÁN SERRA, Joaquín, «Vives contra los sofistas», *SPhV* 10 (2007), pp. 279-299.

RESUMEN

El presente trabajo se compone de dos partes bien diferenciadas entre sí, aunque perfectamente conectadas. La primera de ellas desarrolla el posicionamiento de Vives sobre la Dialéctica del momento y su alegato contra Pedro Hispano (Petrus Hispanus), desde nuestro punto de vista falto de fundamento. En la segunda parte, con un enfoque mucho más práctico, recogemos el conjunto de argumentos que emplea nuestro filósofo para ningunear al adversario, materializados casi exclusivamente en la descalificación y la ironía.

PALABRAS CLAVE: pseudo-dialéctica, sofismas, Pedro Hispano, descalificación, ironía.

ABSTRACT

This work consists of two clearly differentiated sections, though intimately related. The first one develops the positioning of Vives on the Dialectics of his own time and his allegations against Petrus Hispanus, wich in our view has no firm foundation. In the second part, with a much more practical approach, we gather teh set of arguments that our philosopher displays just to despise his opponent, based almost exclusively in discrediting and irony.

KEYWORDS: (pseudo)dialectics, sophism, Petrus Hispanus, contempt, irony.

